

Luz de juventud

A*

Ralf Rothmann
Luz de juventud

Traducción de Marina Bornas

Primera edición, 2018
Título original: *Junges Licht*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main 2004.
All rights reserved by and controlled through Suhrkamp Verlag Berlin.

© de la traducción, Marina Bornas, 2018
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Tamás Katái

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-39-3
Depósito legal: B. 8.282-2018
Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

The translation of this work was supported by a grant from the Goethe-Institut which is funded by the German Ministry of Foreign Affairs.



*Here is the night,
The night has begun;
And here is your death
In the heart of your son.*

L. COHEN

La mina estaba tranquila en aquel momento del día en que todavía no había nadie en el pozo ni en el último nivel. El hombre cerró la verja y corrió el cerrojo. Luego retrocedió un paso. Había más silencio que en las nubes. Abrió el armario del teléfono, descolgó el auricular y comunicó su número de placa, la galería y la hora de inicio del turno. Después de recibir la confirmación, colgó. Los cables de acero se movieron en silencio durante unos instantes; entonces se acercó la jaula de extracción. Las rejas vibraron y la lámpara que colgaba del techo de hojalata tembló e hizo saltar las moscas muertas en el interior de la fuente de cristal esmerilado. Pasada la guía inclinada, tras un tramo de unos cuantos metros, todos los ruidos se apagaron y el ascensor flotó casi en silencio hasta debajo de la bóveda de esquisto y marga. Justo después, desapareció. Del pozo solo salía un sonido que sonaba cada vez más débil.

Las luces de las galerías no se encendían hasta que empezaba el turno de mañana, unos veinte minutos después. El hombre se ajustó el cinturón, se enderezó el delantal de cuero y se palpó los bolsillos del pantalón.

Cinta métrica, lápiz, libro de registro. Luego se abrochó la gruesa chaqueta de dril y encendió la linterna frontal del casco. Aguzó el oído. A lo lejos se oía algo que parecía el viento, el aire fresco del pozo de ventilación. Sacó una botella de la caja de herramientas, bebió un trago de té frío y bajó por la suave pendiente. Sus zapatos de clavos se agarraban con firmeza a la roca húmeda, y los cercanos pozos interiores le devolvían el eco de sus pasos y el ruido que hacía al golpear piedras o traviesas. Aquella resonancia lo envolvía y a veces tenía la sensación de caminar hacia sí mismo.

Detrás de una curva donde había una trailla abandonada empezaba una abrupta y empinada pendiente del veinticinco por ciento. Allí los raíles estaban empotrados en hormigón. Se sentó sobre el delantal de cuero y se deslizó cuesta abajo, frenando con los refuerzos metálicos del tacón. Abajo, el agua le llegaba a la altura de los tobillos, y a los pocos pasos ya le había entrado en los zapatos. Se acercó arrastrando los pies a las primeras mampostas del frente de arranque, sacó el pequeño martillo del bolsillo de la vara de medir y golpeó las abrazaderas de metal hasta llegar a las marcas de tiza del día anterior. Todas tenían la tensión adecuada. Abrió el libro de registro, anotó algo y empezó a contar las mampostas, el trabajo realizado en el último turno. Enseguida se dio cuenta de que eran demasiado pocas, pero antes de tomar nota ya sabía por qué.

Encima de él, entre unas brechas de varios palmos de anchura, había un bloque de arenisca combado de cuatro metros de largo, y por una grieta caían finos hilillos de agua que, a la luz de la linterna, brillaban como cuentas. Al acercarse tropezó con algo que no debía estar allí,

quizá un rollo de alambre. Se agachó para apartarlo. Era una de las pequeñas jaulas que muchos mineros traían a pesar de la prohibición; abollada, oxidada y naturalmente vacía. Una ratonera. La echó a un lado y entonces oyó el ruido, tenue pero tan claro que no dejaba lugar a dudas. Se volvió despacio. Los arañazos de las mamostas brillaban alumbrados por la linterna frontal. El polvo revoloteaba dentro del haz de luz. El bloque de arenisca que tenía encima, inclinado como un tejado, no se movía, la fisura no se había ensanchado. Pero, de repente, la filtración de agua se interrumpió y todo quedó en silencio durante uno o dos segundos. Y luego se reanudó como si nada.

Era el primer día de vacaciones, el suave despertar incrédulo bajo el sol que caía oblicuo sobre mi cama a través de los maceteros. Bostecé, me arrodillé en la almohada y corrí la cortina un poco, despacio, para no hacer ruido. Sophie aún dormía. Tenía el pulgar en la boca, y en el dedo meñique, ligeramente separado, se veía el brillo de la laca de uñas de mi madre.

Bajo los árboles frutales del jardín había algunos juguetes: un perrito de peluche, moldes de hojalata y muebles de la cocina de muñecas. El hacha estaba apoyada en la cerca. Tras el ruibarbo y los arbustos de grosellas, el camino de césped embarrado discurría rodeando los campos de avena y maíz. La cebada lanzaba destellos plateados cuando el viento la mecía, e incluso las amapolas que crecían en el margen de los campos se movían suavemente y sus pétalos se balanceaban adelante y atrás. Algunos pájaros asustadizos cruzaron

volando la calle Fernewald, recién cubierta de gravilla, y desaparecieron tras los silos y las cintas transportadoras que sobresalían del guijarral. En la punta del brazo de la excavadora reposaba un halcón.

En el jardín de los vecinos tampoco había nadie. El cajón de arena del pequeño Schulz estaba igual que la tarde anterior: era un laberinto de carreteras que cruzaban montañas y atravesaban túneles, transitado por los Matchbox —tantos como una caja de zapatos llena— que yo le había regalado. Solo me había quedado un pequeño coche antiguo, el Mercedes *flecha plateada*. En el jardín de los Breuer había ropa tendida. De las toallas, los sujetadores y las camisas tendidas boca abajo aún goteaba agua que despedía un brillo casi blanco, como gotas de luz fresca. Me puse el pantalón caqui y salí descalzo de la habitación.

A través de la puerta abierta del dormitorio de mis padres vi las camas hechas. En el cuarto de baño, que no tenía ventana —solo un pequeño tragaluz— no había nadie, o al menos no se veía luz por el vidrio ondulado de la parte superior de la puerta. Cuando giré el picaporte, sin embargo, noté una súbita resistencia. Mi madre carraspeó. Estaba colocando unos frasquitos en el estante de debajo del espejo. Fui a la sala de estar. La radio estaba encendida, la escala con los nombres de las ciudades brillaba en la penumbra de la estancia, pero la música apenas se oía. Junto al reposabrazos abombado del sofá donde mi padre apoyaba la cabeza cuando veía la televisión había una botella de cerveza vacía.

Las tablas del suelo, pintadas de color caoba, crujiéron levemente. La cocina daba al jardín, igual que mi habitación, y la ventana estaba abierta. En la encimera había

un cigarrillo encendido en un platito. Un fino hilo de humo blanco subía casi verticalmente hasta que se desmoronaba de repente y se convertía en una nube gris. La cafetera de flores rojas y moradas relucía bajo el sol en el fogón apagado de la cocina económica. Un platito sustituía la tapa, que se había roto tiempo atrás.

La puerta de cristal que comunicaba la cocina con la galería —que nosotros llamábamos «balcón»— también estaba abierta. Me asomé a la barandilla de cemento y miré abajo, al patio de los Gorny. Encima de la mesa había varias tazas grandes, una de ellas sin asa. Wolfgang dejó entre las tazas una bandeja con pan, miel y margarina. Tenía la misma edad que yo y hasta entonces habíamos sido compañeros de clase, pero él empezaría el instituto después de las vacaciones. Me apoyé en la barandilla y presioné la lengua para hacer pasar la saliva a través de los espacios entre los dientes. El ruido le llamó la atención. Primero echó un vistazo al jardín y luego inclinó la cabeza para mirar arriba.

—¡No te atrevas! —Levantó un puño—. ¡Se lo diré a tu madre!

—No te asustes, tío. ¿Vendrás luego conmigo al club de animales?

Él negó con la cabeza y repartió las bandejas del desayuno, que estaban descantilladas.

—No volveré a jugar con vosotros. Me habéis engañado. Si pago mi cuota, quiero participar como todos.

—¿Por qué dices eso? Puedes participar.

—¡Y un cuerno! Y lo de la semana pasada, ¿qué? Asasteis la paloma y no me dejasteis probar ni un hueso.

—Si llegaste tarde...

—¡Fui puntual! El Gordo me prometió que me dejaría

matarla. Pagué por ello.

—Venga, ¡olvidalo! —dije, sacando una pierna y balanceándola—. Aquel pajarraco sabía a neumático viejo. Se lo dimos al perro.

—Aun así, era mi botín. Me habéis timado. —Volvió a levantar la vista. Una línea recta le dividía el pelo en dos mitades, y tenía la cara pálida y afilada como una cuña—. ¡Eh! Ojalá te caigas del balcón.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Estás alucinando?

Wolfgang rodeó la mesa y dejó los cuchillos entre las bandejas, uno tras otro, como si fueran números en la superficie de un reloj.

—Esta es nuestra casa.

—¿Y qué? Me mearé en tu cabeza, inútil.

—Me gustaría verlo. —Desapareció en la cocina.

—¡No te lo crees ni tú!

Me incliné a un lado, tanto como fui capaz, apunté a su silla y solté un largo escupitajo que se estrelló contra el suelo, gris como el pan. En casa de los Gorny nunca había panecillos.

En la parte trasera de la estrecha galería, justo encima de una mesa con dos sillas, había una ventana. Bajé de la barandilla y presioné la nariz contra el cristal para intentar ver a través de la cortina. Pero no vi nada. La habitación era parte de nuestra casa, pero tenía su propia puerta de entrada y un lavamanos. Algún día sería mía, pero por entonces estaba subarrendada. Fui a la cocina, abrí un paquete de cereales y los serví en un plato. Algunos copos cayeron al suelo. Los empujé rápidamente con el pie para esconderlos bajo los fogones y saqué una botella de leche de la nevera. Luego me senté en la mesa del balcón. Mientras desayunaba, fijé la vista

más allá de los jardines y los campos hasta la calle Dors-tener, que ya estaba llena de camiones. Al otro lado de las colinas, las cornejas volaban en torno a la torre de extracción, cuyas ruedas giraban en sentidos opuestos como las de los carruajes de Bonanza.

Mi madre entró en la cocina. Al principio no me vio; el balcón era estrecho y el tejado le daba sombra. Se quedó de pie frente a la encimera y apagó el cigarrillo. A continuación sacó otro de la cajetilla y lo encendió. Por entonces fumaba Chester. Yo odiaba el color amarillo del paquete. Pero ya no quería fumar Gold-Dollar; le parecía muy feo que las virutas de tabaco se le pegaran a los labios pintados, y tenía razón. Además, aquellos cigarrillos teñían los dedos. Llevaba una blusa blanca, la falda del traje gris y unos zapatos de tacón alto de color gris claro. Se asomó a la ventana con mirada soñadora mientras expulsaba el humo por la nariz.

Tras el campo de maíz se adivinaba un tramo de la calle de tierra que llevaba a Kleekamp. Solía estar vacía, pues casi nadie tenía coche. A veces iban los inquilinos de los pisos de alquiler social para aprender a montar en bicicleta. Eran portugueses y sicilianos, antiguos pescadores y campesinos reconvertidos en mineros, y la mayoría nunca se había sentado en un sillín. Cuando practicaban, inseguros y sufriendo numerosas caídas, los vecinos de la urbanización se burlaban de ellos desde los balcones, e incluso mi padre, que casi nunca sonreía, una tarde se echó a reír a carcajadas por uno que era especialmente torpe, hasta el punto de que a Sophie se le saltaron las lágrimas.

Mi madre se palpó el pelo cuidadosamente, como si revisara su imagen. El anterior fin de semana se había

hecho la permanente de nuevo, y llevaba las uñas recién pintadas.

—Estoy aquí —dije en voz muy baja para no despertar a la persona que dormía tras la ventana. Ella asintió, pero siguió con la mirada perdida más allá de los campos. Llevaba el collar de coral.

—Ya lo sé. ¿Has desayunado? —Sin esperar mi respuesta, añadió—: Pues quítate el pantalón ahora mismo para que pueda lavarlo. Tienes uno limpio en el armario. Y esta mañana te quedarás con tu hermana, ¿entendido? Tengo que ir a la ciudad.

—¡Pero yo quería ir al club de animales!

—Ya irás más tarde. Estaré de vuelta sobre la una.

—¿Tan tarde...? Ya me he comprometido. ¡Estoy de vacaciones!

—Precisamente por eso. Ahora tienes tiempo de hacerme algún favor de vez en cuando. Tengo que ir al médico. Y punto. —Los pómulos le temblaban. Estaban surcados por unas finas venitas llamadas «venas de araña». Mi madre abrió el grifo, apagó el Chester que apenas había empezado bajo el chorro y lo tiró en la coquera. Luego salió de la cocina.

Me cambié el vendaje de la mano; ya no me dolía. Dos días antes, había sido castigado con la severidad habitual por no haber hecho los deberes: tuve que extender la mano y Dey, el maestro, levantó el brazo y me atizó los dedos con la regla. Era de madera y tenía el canto metálico. Siempre anunciaba cuántos azotes iba a darme antes de empezar, y añadía uno por cada gesto involuntario de retirada. El dolor era tan insoportable que ni